

# El fin de la inocencia

En los 90 el escritor C. E. Feiling publicó una reseña de *Una sombra ya pronto serás* en la que acusaba a la literatura de Soriano de menemista, distinguiendo al narrador “populista” de la persona de “izquierda” que militaba desde las contratapas de *Página/12*. Aquí, un análisis comprometido de un debate planteado con categorías que sólo valen para el siglo pasado en torno a una obra que anticipó con colores indelebles la catástrofe neoliberal.

**E**n 1990, Editorial Sudamericana publicó *Una sombra tan pronto serás*. Entonces, Osvaldo Soriano (1943–1997) era una figura que se distinguía con nitidez entre los que podemos llamar escritores del exilio. El éxito invencible de sus novelas, su larga temporada en París (París: la gran marca de la cultura argentina durante buena parte del siglo XX), su amistad con Italo Calvino y Julio Cortázar, su amor por San Lorenzo de Almagro (que venía a ablandar un poco la presunción infundada de que los escritores son esfinges encerradas en torres de marfil) y sobre todo su modo de introducir la comedia personal en la tragedia de la historia, lo llevaron a ocupar un sitio ideológico y literario exclusivo que combinaba los recuerdos sombríos de la dictadura con el optimismo por la democracia convertida en una fe general.

Por parte de la recepción de los libros de Soriano existía una distendida unanimidad que fue violentamente quebrada por la aparición en la revista *Babel* de una reseña de C.E. Feiling (1961-1997) sobre *Una sombra ya pronto serás*. Asumida desde el vamos como una crítica menos literaria que ideológica, con lo que Soriano había con-

tribuido durante años al decir que la literatura “no le interesaba”, Feiling descargó su inteligencia y su ira y planteó una discusión que sigue abierta.

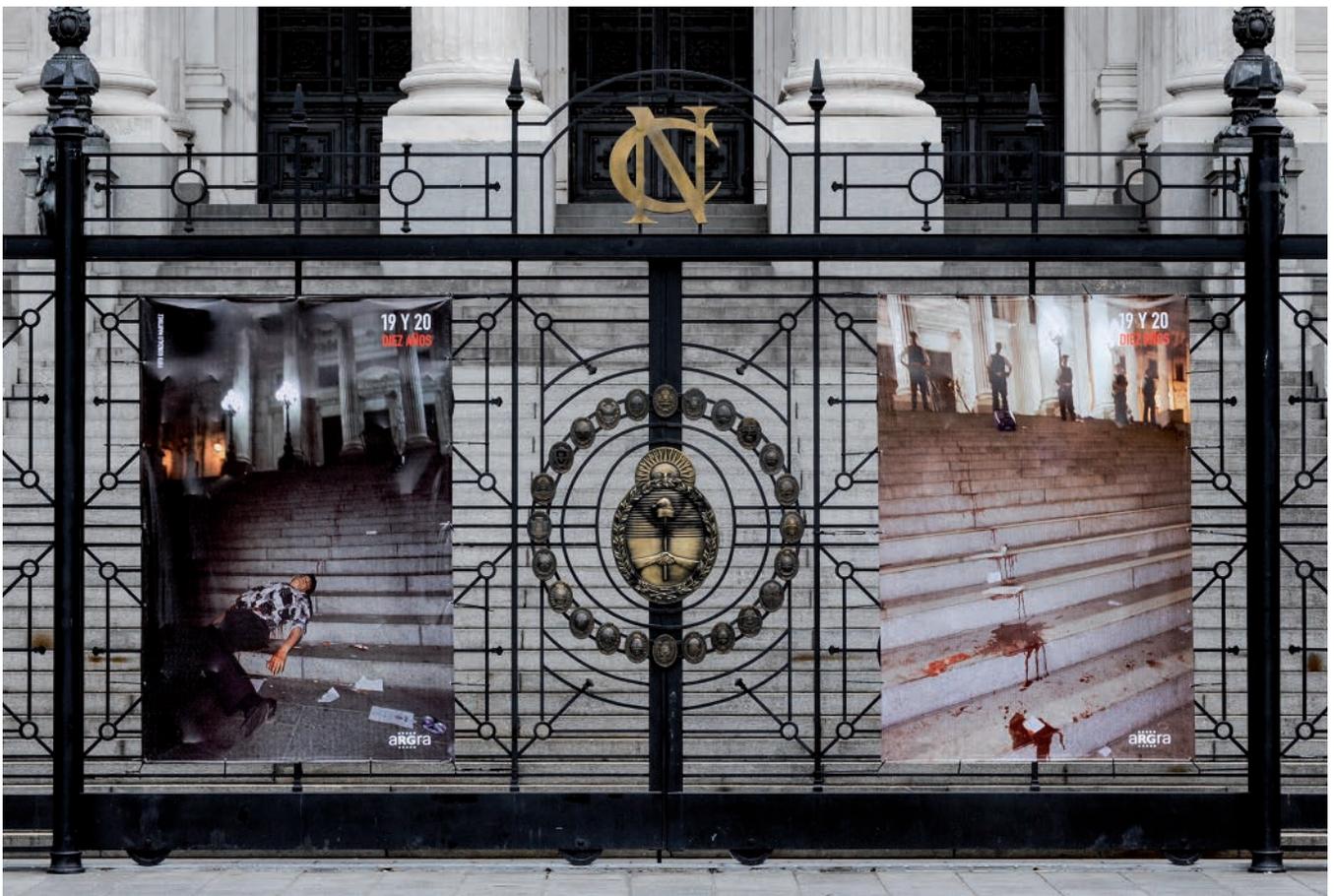
La historia que cuenta Soriano en *Una sombra ya pronto serás* es fiel a una mitología construida por perdedores, genios sin mercado, infelices eufóricos que parecen salir de las novelas casi góticas de William Faulkner para caer, reconvertidos por el humor y el patetismo, en comedias peronistas que ocurren en escenarios precivilizados: la pampa, la patagonia.

Allí los personajes de Soriano se pierden a cambio de encontrar un destino que, por lo general, es el de la incomprensión y la soledad. Son, de algún modo, zombies que se han escapado de las bóvedas del capitalismo y tienden a refugiarse en el desierto con el sayo que íntimamente les corresponde. Cada uno está aferrado a su identidad como a una tabla de salvación, dándonos un conmovedor show de neurosis; son personajes anclados en el pasado, arrastrando un momento de su vida que ha cristalizado como museo de sí mismo.

En este caso, la historia la protagoniza un ingeniero que recorre sin rumbo el desierto-laberinto de la pampa mientras mantie-

ne una correspondencia con su hija, que vive en Europa. Los cruces entre alucinantes e hiperrealistas por los que en la pampa se han rozado el indio y los gauchos, los gauchos y la partida policial, los animales silvestres y los cazadores, se presentan en *Una sombra ya pronto serás* concentrados en los encuentros del ingeniero con personajes que le deben mucho al circo criollo y a la historia de la melancolía: un cura falso con sus monaguillos, un italiano que no es tal, un vendedor ambulante, un estafador obsesionado con hacer saltar la banca de los casinos, dos militares sin ejército y una adivina (timadora, valga la redundancia).

Cuando Osvaldo Soriano imaginó esta historia contó que lo hizo pensando en que sus personajes, sobre todo el principal, debían ser víctimas expulsadas del paraíso menemista. Las fechas, tanto de la fundación del neoliberalismo argentino como de la publicación del libro, crujen como placas tectónicas porque en 1990 el libro de Soriano ya estaba hecho mientras que el menemismo aún no había desplegado del todo sus garras. Lo que no le impidió a Soriano intuir el futuro. Antimenemista confeso, y sensible intérprete de la actualidad, militó contra las políticas de los años 90 desde las



contratapas del diario *Página/12* y, posiblemente, vio venir el desastre.

Por eso fue un shock leer el artículo de Feiling en el que escribió que Soriano “le hace a la literatura argentina lo mismo que el Excelente Sr. Presidente al país”. Los buenos entendedores vieron que acusó llanamente de menemista a su literatura. Luego agregó que “uno podría detenerse en la escasa cantidad de subordinadas, en el estilo cercano al de un famoso personaje de Burroughs (Edgar Rice, no William), pero la novela merece una crítica ideológica. Habrá quienes alcen la ceja ante esta declaración: con vendría que reflexionaran sobre el hecho de que el material de una obra jamás es inerte. Y quienes objeten que Soriano abomina públicamente -periodísticamente- del menemismo, podrán tener en cuenta, amén de las obvias diferencias entre el narrador y la persona real, que buena parte de la izquierda lo hace, sin por eso modificar en un ápice las viejas y malas costumbres”.

Feiling está hablando de la izquierda de los años noventa, a la que acusa de anacronismo por sus “viejas” costumbres y cuestiona moralmente por sus costumbres “malas”. Pero además se anticipa con una predicción sobre cómo será recordada la novela: “So-

riano cree que con exagerar los rasgos de decadencia del país, los apagones, la privatización, el crecimiento de la economía informal, logra pintar con colores indelebles la Argentina de 1990”.

Los colores indelebles de la Argentina de 1990 pudieron verse en su versión de tragedia los días 19 y 20 de diciembre de 2001, y en sus duraderas ondas expansivas. Habría que volver a leer *Una sombra ya pronto serás* para observar qué tipo de actualidad o de antigualla hay todavía en la novela. Lo cierto es que, en todo caso, hay allí una Argentina en formación, los preparativos de una catástrofe que ese mismo año Juan José Saer (1937–2005) comparó con el Carnaval de Río de Janeiro en una entrevista concedida al diario *Sur*. La última fiesta ultraliberal del siglo XX se presentaría, según Saer, con la euforia que acostumbra a bullir en los sambódromos. Pero al día siguiente a alguien le tocaría ir a recoger los cadáveres. Saer, en 1990, ya veía el final de esos años que en la novela de Soriano empezaban a vivirse a través de sus personajes desahuciados.

Por supuesto que narrador y escritor son identidades diferentes, y puede ocurrir que uno actúe sin saberlo en contra del otro según la hipótesis de Feiling que la historia de

la literatura ha probado muchas veces. Pero las categorías de Feiling (la “izquierda” civil de Soriano versus su literatura “populista”) quizás valgan solo para los años ‘90 del siglo pasado. El populismo, al menos hoy, es otra cosa respecto de aquel basado en el engaño y en el uso de los protocolos culturales y hasta filorreligiosos del populismo con fines reaccionarios.

*Una sombra ya pronto serás*, en todo caso, es una novela que introduce en la obra de Soriano un momento clave: el del fin de la inocencia. Desde ese momento, sus libros fueron observados como algo más que relatos de costumbres sociológicas dramatizados como maquetas que nos mostraban una y otra vez el fracaso de la política. Pero también como un interior literario al que valía la pena juzgar *críticamente*.

La renuncia de Feiling a considerar desde una perspectiva literaria aquella novela aplazó un tipo de lectura que ni los simpatizantes de Soriano se han tomado el trabajo de hacer. La obra es una obra y también su crítica, es decir un tipo de recepción no comercial que intenta esclarecer de buena fe qué es y cómo funcionan esos objetos, movedizos como espejismos, que llamamos libros.